

nada, y nos prometió que no recibiríamos daño.» Así lo depone Lucas Scotto de Porticelli¹. Estas palabras pusieron los ánimos un poco intranquilos.

Llegó la noche del 25 al 26 de aquel mismo mes, y causó extrañeza á los moradores del Jesús Viejo el ver que se tocaba á cenar una hora ántes de lo acostumbrado. La maravilla se convirtió en gran sorpresa, al oír que después de cenar, se les intimaba por orden de la obediencia que durante las dos horas siguientes de aquella noche permaneciesen todos en sus aposentos². Nadie adivinaba entonces la causa de la misteriosa orden.

Eran las diez de la noche. En este momento entró en el cuarto del P. Pignatelli el H. Grassi, que le servía: sale de su cámara el Padre y manda al Hermano que no salga de allí hasta que él vuelva; y dos veces consecutivas torna á entrar á dar al Hermano órdenes cada vez más terminantes de que no se mueva. Se va el Padre al oratorio, contiguo á su aposento, y postrado en tierra ante el altar del Santísimo, con el rostro pegado al suelo, suplica con gran fervor y á grandes voces al Todopoderoso, que no descargue con mano tan fuerte su azote³.

Pocos minutos después se percibe un violento terremoto, que puso en consternación á toda la ciudad de Nápoles, causando buen número de desgracias en las personas, é incalculables daños en los edificios. «Una parte de la fachada de la casa profesa,» dice el P. Luis Pancaldi⁴, «se estaba cayendo; abríanse por medio los corredores; y topé con el P. Pignatelli por la escalera, el cual con rostro sonriente hacía oración á Dios.» «Después de algunos minutos,» dice Nicolás Ricciardi⁵, «se tañó la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 752. Fue uno de los primeros novicios que recibió en Nápoles el P. Pignatelli.

² *Ibid.*, fol. 569.

³ *Process. Neapol.*, fol. 453. Así lo depone Salvador Cirillo, novicio en aquella sazón, quien dice habérselo oído contar á los que vivían en frente de la capilla, siendo uno de ellos el P. Ministro de la casa, Padre Cáteda.

⁴ *Process. Rom.*, fol. 852.

⁵ *Process. Neapol.*, fol. 569.

campanilla, y fueron todos llamados al jardín, en el cual estaba el P. Pignatelli. Cuando fueron las cinco (cosa de media noche) vimos moverse de nuevo los árboles. Después de esto el Venerable nos mandó á todos á dormir, dándonos seguridad de que ya no había más de que temer.»

Lo que en esta noche de tristes recuerdos ocurrió con el H. José Grassi, es digno de especial memoria. Afirma el Padre Boero que se lo oyó contar varias veces al mismo interesado; y este lo depuso en los procesos con las siguientes palabras: «Estando,» dice¹, «en Nápoles en la casa profesa el 25 de Julio de 1805, dos horas ántes de media noche, fui al aposento del P. Pignatelli á hacerle la cama, segun costumbre; y apenas entré, me dijo el Siervo de Dios: «Cuidado, Hermano, no se mueva de aquí hasta que yo vuelva;» y dicho esto, salió del aposento; y á poco volvió á entrar dos veces, y con más fuerza y autoridad me dijo: «¿Lo habéis entendido bien? No os mováis de aquí.»

«Hízome concebir temor aquel modo de hablar tan desusado en el Padre, y sospeché que pudiera acaecer algun siniestro; cuando pasados pocos minutos, siéntese de súbito un horrible sacudimiento y temblor de tierra, que hizo ondear toda la casa. Á pesar de las advertencias del Siervo de Dios, y de la impresión que me habían hecho, yo, sorprendido y espantado, me olvidé de todo, y á toda prisa salí del aposento para refugiarme en la capilla doméstica, donde sabía que estaba el P. Pignatelli; pero la encontré cerrada, y vi que las paredes se cuarteaban por todos lados y que caían cascotes y ladrillos en gran copia.»

«Al oír los gritos y voces de los Padres, que buscaban salida y salvación, estuve para tirarme por una ventana que daba al jardín; pero deteniéndome un instante, me precipité por una escalera de caracol, que había allí cerca, para ponerme en salvo en el patio. Apenas llegué al último escalon, se desprendió de lo alto un gran trozo de cornisa de piedra, que vino á caer casi

¹ *Summar.*, núm. 19, pág. 247.

á mis pies. Entonces me vino á la memoria lo dicho por el Padre Pignatelli; y reconociendo el peligro en que me había puesto mi falta de obediencia, me volví corriendo al cuarto del Siervo de Dios; el cual, concluido el terremoto, salió de la capilla, volvió á su aposento, y sin darme tiempo de hablar una palabra, me dijo: «En malas aguas os habéis encontrado, hermano mío; debíais haber hecho lo que os dije, y no hubierais corrido tan grave riesgo.»

«Excuséme como pude, diciendo, lo que era cierto, que el miedo me había borrado de la mente su paternal aviso: y después, recobrado ya del todo, dije al Padre: «Con que ¿V. Reverencia sabía lo que íbamos á tener? Y ¿por qué no me lo dijo claro?» Entonces el Padre me impuso silencio, y me ordenó que mientras él viviese, no descubriera á nadie de este mundo lo sucedido.»

Ni un minuto de reposo se concedió el solícito Padre en aquella terrible noche. En cuanto hubo mandado á sus súbditos que se acostasen y asegurádoles que nada tenían que temer, en compañía del P. Dozia y del H. Silvestre Mauro, se fue á recorrer las demás casas de la Compañía.

Dirigióse al colegio de nobles, y llamó un buen rato á la puerta sin que nadie le respondiese. De allí pasó al colegio máximo, en donde ninguna novedad halló. Fue luego á la familia de los príncipes de Carigliano, y manifestó gran sentimiento, al saber que una camarera de la princesa había perecido sepultada entre escombros. Dirigióse después al palacio de los señores de Campolieto y de Monteleone, y recibió favorables nuevas de ambas familias. Era la hora del alba cuando se retiró á su casa del Jesús Nuevo. Así lo depone dicho H. Silvestre¹, quien añade haberle entregado aquella misma noche el P. Pignatelli un crucifijo, y que profesaba tanta veneración al Padre, que siempre llevaba consigo un retrato suyo.

Terrible fue este castigo; pero se vio que venía de la mano

¹ *Process. Neapol.*, fols. 397 y 383.

paternal de Dios, pues produjo muy copiosos frutos espirituales en las almas. De ellos escribía el P. Lázaro Ramos en carta del 2 de Agosto al autor del Diario: «Se han hecho en estos días así en esta iglesia del colegio del Salvador, como en la casa profesa, muchas confesiones, y no pocas de muchos años. Nuestros Padres, los no impedidos, han trabajado toda la mañana hasta la mesa segunda y tercera; y no pocos lo mismo por la tarde, sin contar las cárceles y hospitales, para los que eran necesarios otros tantos. La lástima ha sido que á los catorce que últimamente hemos llegado, no nos han venido de este señor arzobispo las licencias para confesar¹.» Hasta aquí el P. Ramos.

Estos frutos espirituales naturalmente hubieron de consolar en gran manera al Siervo de Dios, aunque no dejaba de sentir las desgracias personales y la ruina de los edificios públicos y privados. Varias iglesias, el palacio del rey y los de muchos señores, y casas á centenares habían tenido inmensos daños, y no pocas amenazaban ruina. La casa profesa fue algo privilegiada y padeció poco; no obstante, los daños en la iglesia fueron tan considerables, que fue preciso hacerla reconocer por arquitectos para asegurarse con su parecer sobre si se podría celebrar en ella la próxima fiesta de San Ignacio. Al contrario el colegio del Salvador ó Jesús Viejo, en que vivían la mayor parte de los jesuitas, padeció mucho, y fue un milagro que no perecieran algunos de ellos.

El P. Lázaro Ramos en su carta al P. Manuel Luengo le daba cuenta del desastre con estas palabras: «Este colegio ha padecido mucho; pues todas las bóvedas de los tres pisos y de sus aposentos se han abierto más ó menos por medio, de una punta á la otra, y lo mismo las paredes no maestras, y aun en estas hay sus grietas. Lo mismo es en el claustro alto de los estudios y en sus aulas y en las bóvedas de las escaleras del colegio. El piso cuarto, en que estaba el noviciado, está inhabitable; y se han bajado los novicios al tránsito donde estaban los seminaristas y

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 232.

filósofos. Pero aun este ha padecido mucho; por lo que piensan ponerlos fuera de aquí. Pero ¿en dónde? Pensaban pasar el Noviciado á la *Conochia* ó casa de Ejercicios; pero esta tambien ha padecido mucho. La iglesia ha padecido poco. En fin se necesita mucho dinero, para remendar este colegio.»

Hasta aquí la carta: y continúa el P. Luengo: «Y si se añaden los gastos en componer la casa profesa, se puede creer que serán necesarios quince ó veinte mil ducados de Nápoles, que valen diez y seis reales de vellón. Á la verdad sobre los gastos inmensos que han tenido este año con pocas rentas, este de reparar las casas es humanamente insoportable. La fortuna es, que el Provincial Pignatelli, por la calidad de su persona, tiene muchos poderosos arbitrios para salir de algun modo de este aprieto¹.»

Efectivamente, á todo proveyó el P. Pignatelli, sin que con tanto gasto disminuyese jamás el cotidiano alimento ni la limosna que de ordinario se daba á los pobres, llenándose de admiracion cuantos lo veían; pues no era dado comprender de dónde salía tanto dinero para tan subidos gastos. Antes bien, como si todavía gastase poco, por aquellos días ayudó á la causa de la beatificacion del P. Francisco de Jerónimo, que ya estaba para terminarse; y para ello se desprendió de muchos centenares de duros.

En un principio titubeó bastante, y no se decidía á multiplicar gastos en vista de tanta estrechez; más avergonzándose luego de su poco ánimo, dijo: «Dios y el santo varon, para cuya gloria voy á trabajar, nos ayudarán.» Dio el primer paso contrayendo una considerable deuda; y á los pocos días recibió carta de Roma con una letra de cambio igual á la deuda contraída.

Á pesar de los desperfectos causados en el templo de la casa profesa por el terremoto, se pudo celebrar la fiesta de San Ignacio. Empezó esta el día 29 por la tarde con una lucida y devota procesion para llevar la estatua del Santo desde la catedral,

¹ P. LUENGO, *Diario*. Tomo 39, pág. 221.

en donde se conservaban las de los treinta y seis protectores de la ciudad, á la iglesia del Jesús Nuevo, en la que se había de celebrar la fiesta en los dos días siguientes. «Éramos en la procesion,» dice el P. Ramos en su carta del 2 de Agosto, «ciento y seis jesuítas, con sobrepellices y velas, y delante iban los colegiales del seminario de nobles asimismo con velas encendidas. Había dos bandas ó coros de música; uno al principio de la procesion, y otro al fin, delante de la estatua del Santo..... Llegados á la casa profesa, se puso la estatua en el altar mayor; y después de la fiesta la restituiremos á la catedral en la misma forma.»

«La fiesta se ha hecho con vísperas primeras y segundas y misa cantada el día del santo, con música de solos sacerdotes, y sin otros instrumentos que el órgano y algun bajo. En tiempo de las primeras vísperas vino el senado ó ayuntamiento de la ciudad á visitar al Santo y á ofrecer la cera que acostumbra con todos los protectores de la ciudad. El día de la fiesta por la mañana hubo gran número de misas de gentes de fuera: estuvo á decir misa el Cardenal Arzobispo, y estuvieron tambien los confesores del rey y de la reina. Este es un religioso capuchino aleman, y obispo *in partibus*. Comió aquel día en la casa profesa, y por la tarde, después de las vísperas, dio la bendicion con el Santísimo Sacramento. Este es un sujeto que nos ha favorecido mucho.»

El sermon del Santo fue el día de la fiesta por la tarde: lo predicó el P. Stuza, dominicano muy conocido y muy famoso en Nápoles, habiéndose él mismo, sin que se lo pidieran los jesuítas, ofrecido á hacer este obsequio al santo Patriarca y á sus hijos¹. Terminado el sermon á las siete, «llegaron,» continúa el

¹ Con este P. Stuza le sucedió al P. Pignatelli el siguiente caso. Habiendo sabido que el buen predicador pensaba mezclar en su panegírico las alabanzas del Siervo de Dios con las de su padre San Ignacio, fue á visitarle pocos días ántes de la fiesta; y con mucha amabilidad le rogó se sirviese leerle el discurso que tenía preparado, porque era muy fácil que ocupado en otros quehaceres, no pudiera oírle aquel día. Pa-

P. Ramos, «las personas reales, menos el rey, que estaba indispuerto. Asistieron á las letanías y á la bendicion del Santísimo, que dio el obispo capuchino, quien después les dio á adorar la reliquia del Santo. Todos los jesuítas, que pudieron penetrar por la calea (*sic*), ó concurso, con el P. Provincial, en dos filas á la puerta de la iglesia recibieron á las personas reales, y al salir, solo yo pude pasar.»

«Vamos á los regalos. Los reyes han regalado á la casa profesa para la fiesta tres cálices: de oro macizo uno de ellos, y dos de plata con la copa de oro; el terno de la misa cantada y tres *pianetas* (casullas) bordadas por las personas reales. La hermana del P. Provincial [Pignatelli, la condesa de la Acerra] ha regalado siete *pianetas* de seda blanca para todos los días. No sé si ha habido más¹.»

recióle al P. Stuza algo extraña la peticion del P. Pignatelli; mas como tenía mucho respeto á su persona, no se atrevió á negarse á ello; y cogido de repente, no tuvo más remedio que leerle tambien las alabanzas que de él hacía. Entonces dijo el Siervo de Dios: «Esto no, Padre mío: no diga estos elogios; hágame por Dios el favor de borrarlos, porque no son á propósito para ensalzar las glorias del Santo.» Y lo pidió con tantas instancias, que el predicador tuvo que condescender con la humildad del Padre.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 233. En Palermo se celebró la fiesta de San Ignacio con más solemnidad, si cabe, que en la misma corte de Nápoles.

CAPITULO V

Estrechez de la casa profesa. — Extraordinaria providencia de Dios con su siervo. — Multiplicacion milagrosa de la comida. — Apuros del colegio máximo. — Aflígese el Padre por esta causa. — Quebranto en su salud. — Su profunda humildad. — Desea se le exnere del gobierno de la Provincia. — El nuevo General le confirma en su cargo. — Exquisita prudencia del Venerable en el gobierno. — Celo por la observancia regular. — Junta la suavidad con la eficacia. — Compasion y afabilidad con sus súbditos. — Desconfianza de sí mismo y sinceridad en oír el parecer ajeno. — Desprecio de sí y pronta obediencia. — Armonía con el P. Angiolini. — La Conocchia y el seminario de nobles. — Discrecion del Venerable en admitir y despedir.

1805

Uno de los fines principales que se propuso el P. Pignatelli al procurarse la antigua casa profesa, fue plantear en ella en todo su rigor la pobreza propia de la Compañía, y fijar en los corazones de los nuevamente reunidos aquel espíritu de una confianza sin límites en la divina Providencia, la cual á los que buscan el reino de Dios y su justicia ha prometido dar por añadidura todo lo demás.

Y efectivamente la pobreza de la casa fue tal, que no pasaban de cincuenta escudos mensuales las limosnas fijas con que contaba; pero jamás desmayó el P. Pignatelli, que era el que debía proveer á la comunidad. Y con su confianza en Dios pudo